

HOMILÍA DE INICIO PUNTO DE ENCUENTRO DIOCESANO EN SAN JOSÉ DEL VALLE

Queridos amigos:

Bienvenidos a este primer PUNTO DE ENCUENTRO diocesano. Lo importante es, sobre todo, este “encuentro” porque “donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo”. Aquí se hace presente Cristo en su Iglesia, convocados por el obispo para unir fuerzas en la oración y prepararnos para cumplir la misión a la que el Señor nos llama.

Invocamos como intercensor y protector nuestro al Papa Santo Juan Pablo II. En primer lugar, tengamos un pensamiento agradecido a este Papa santo que ha marcado la vida de la Iglesia en un momento crucial de modo verdaderamente providencial. Tuvo conciencia clara de su misión. Así se lo expresó el mismo Cardenal Wyszyński el mismo día de su elección como Papa: “Dios te ha escogido para llevar a la Iglesia al tercer milenio”. Fue filósofo, teólogo, poeta, amante de la historia, del teatro... del teatro histórico. Su interés era, entre los universitarios, y los jóvenes en general, recordar las gestas de los cristianos en su país. Quería mantener vivo el sentido de fe de los hombres que unidos a Cristo pueden mover la historia llevándola a la plenitud de Cristo. Esto es muy actual para nosotros: ¿por qué estamos nosotros aquí? No es para pasar el tiempo, o incluso perderlo, o para reunirnos de vez en cuando secundando una ocurrencia del Sr. Obispo. No. El hecho es que tenemos una gravísima responsabilidad en este tiempo en el que vivimos, que es, como ha dicho muy bien el Papa Francisco, “un cambio de época”. Eso nos desconcierta mucho. Lo hemos hablado en otros encuentros, en las distintas Escuelas de Evangelizadores, de Discipulado. Cuando nos unimos y comenzamos a hablar, sacando lo que llevamos en el corazón, enseguida nos ponemos nerviosos. ¿Qué está pasando con la educación, con nuestros hijos, con los políticos? Vemos el peso del poder económico e ideológico.

¿Qué hacemos nosotros en esta situación? Pues seguir a Cristo, ni más ni menos. Nos dicen algunos: “no mezclemos aquí la religión con la política, usted puede creer lo que quiera y donde quiera, siempre que no salga de su casa y no lo manifieste en público, pero su fe no tiene que influir en nada”. Esta mañana haciendo oración he vuelto a leer la homilía de la primera Misa del Pontificado de Juan Pablo II donde él dice lo que ha quedado casi como lema de su Pontificado: “¡Abrid las puertas a Cristo todavía más...No tengáis miedo!”. Lo repitió por todo el mundo, sobre todo a los jóvenes. Y decía él que Cristo, centro de la historia, que ha renovado la vida, ha de llegar hasta el fondo, para que en nosotros y por nosotros pueda renovar todo, la historia, la economía, la política... Todo en Cristo: “Por Cristo, con El y en El”.

Años después, durante el Pontificado de Benedicto XVI, en “Caritas in veritate”, hizo éste un repaso a partir del amor de Dios, de la oración, de la liturgia, de la vida cristiana, de la economía, de la política, etc. Tuvo una oposición tremenda de economistas y políticos: ¿hay que poner a Dios en el centro de la política y la economía? ¿puede el amor regir el dinero, por ejemplo?

Hemos de saber y tener muy claro que el Señor ha puesto en nuestras manos la salvación y que somos levadura en medio del mundo, pero que nunca podremos llegar a ofrecer al mundo el amor de Dios, la misericordia de Dios -en este Año de la Misericordia que va a la esencia de la cuestión, del corazón del hombre y del mundo necesitado de misericordia y de compasión, sólo, abatido, donde la gente vive maltratada, oprimida, en la miseria- si no unimos nuestro

corazón al de Dios. La misericordia une el corazón de Dios y el nuestro, y el sentido de la historia y de la vida.

Eso es lo que escuchábamos de San Pablo en su carta a los cristianos de Éfeso: el Señor os ha dado a cada uno, según la plenitud de Cristo, el don que necesita. Y añade que el que subió al cielo, primero había bajado. Está hablando de la Encarnación. Dios no se ha asomado desde una nube para darnos “consejitos”. No. Dios se ha hecho hombre, para vivir como nosotros y experimentar la dureza de la vida, de la historia, y el sin sentido del odio. Y lo ha padecido, y nos ha llevado a la gloria con Él y nos ha resucitado con Él y nos ha dado la fuerza para edificar aquí, en el tiempo presente, la Iglesia, su Cuerpo, que somos nosotros. Y por eso dice, y nos viene muy bien oírlo, que a algunos los ha hecho apóstoles, a otros profetas, a otros evangelizadores, para llevarlo todo a la plenitud de Cristo. Y dice: “para que lleguemos a ser adultos en la fe”, no como niños que se dejan llevar por cualquier viento.

La realidad es que han pasado más de veinte siglos y sigue teniendo la misma actualidad. Tenemos que crecer en la fe. No por tener muchos años somos maduros en la fe. Somos maduros en la fe cuando hemos crecido y aceptado la gracia de Dios, y esa necesidad de crecer, que pasa siempre por la conversión. Es lo que nos ha dicho Jesús en el Evangelio, con la Parábola de la higuera. Frente a la interpretación de los judíos de “algo habrán hecho, Dios los ha castigado”, Jesús les dice y nos dice, ¡necesitáis convertirlos! para dar frutos.

Si queremos aplicarlo a la Iglesia de hoy, es muy necesario reconocer esta verdad. Voy a Misa, practico, fui a un colegio religioso...pero ¿y a la hora de vivir como cristiano en este momento histórico, de dar testimonio de la fe, de anunciar a Cristo a los demás? ¿Cómo podemos ser tantos cristianos y dejar que este mundo pueda ir a la deriva, junto con la sociedad y el hombre? Nos falta, probablemente, conciencia de nuestra misión.

Entremos nosotros también en la escucha de la Palabra de Dios, de la voz de Dios que nos dice: necesitáis conversión. Pero convertirse no es sólo decir: yo era adúltero y dejé de serlo. Va más allá de una simple cuestión moral: recuperemos nuestra fe. Vuelvo a Juan Pablo II: “¡No tengáis miedo a Cristo, abrid las puertas a Cristo el Señor”, que tiene que renovar desde dentro toda nuestra vida. ¿Dónde estamos nosotros?, ¿qué tenemos que hacer nosotros y nuestra Iglesia? Sencillamente, dar respuesta a los retos de hoy, pero con la gracia de Dios, pues solo Dios mueve la historia, y hace posible que seamos nosotros levadura en la masa. Dios quiere una Iglesia que se encuentre renovada, y que nuestras catequesis no sean un aprender cuatro conceptos, pero sin experiencia ni aplicación. Es necesaria una verdadera transmisión de la fe, y que los padres nos se conformen con llevar a sus hijos a la catequesis; y que exista una verdadera comunicación del mayor tesoro que uno tiene que es la fe, el amor a Jesucristo, la vida de la gracia... Todo esto es un milagro, cada vez más incluso, pero Dios quiere que estemos ahí, y este es el milagro que hemos de asumir: como padres, en nuestro trabajo, en nuestras familias, con nuestros amigos. Vivamos en este Cuerpo unido que crece hacia una madurez de fe que no se deja llevar por el ambiente ni por la última teoría del momento, en una cultura presente que nos puede ir disolviendo por dentro pensando como paganos en la mitad de las cosas.

Para eso estamos aquí: para encontrarnos con el Señor, para encontrarnos como Iglesia Diocesana, para poder dar un salto y responder a los tantísimos retos que tenemos hoy con toda humildad, pues el Señor va a hacer la obra, pero que no falte por nuestra parte ni el deseo de profundizar, ni el propósito de servir, ni la realidad de amar con todo nuestro corazón lo que Dios ama y nos propone. Porque nos ha confiado ese tesoro que está en vasijas de barro, pero que no tiene precio, que es al mismo Cristo, la fe, nuestra participación en su vida.

Sábado 22 de octubre de 2016

Estoy muy agradecido a todos los que venís, y a los que seguiréis viniendo los próximos días, y por todo este proyecto que estamos haciendo juntos, porque creo que nos va a ayudar a sentirnos verdaderamente unidos en comunión y para cumplir la misión, el mandato, que el Señor ha puesto en nuestras manos desde el momento en que nos ha configurado con Él, como otros Cristos, en la Iglesia. Así se lo pedimos hoy al Señor, y muy especialmente por intención del Papa San Juan Pablo II y de nuestra Madre la Virgen María. Amén.